



Vigo,
1 de mayo
de 2001.

Mis buenos hermanos:

Con estas páginas quiero presentaros algunos de los rasgos más característicos de la vida y la actividad que durante casi noventa años fueron los compañeros de viaje de nuestro hermano coadjutor,

GUMERSINDO RODRÍGUEZ GARCÍA

Que falleció en Vigo el pasado día 21 de enero de 2001, a los 89 años de edad y 66 de profesión religiosa.

Más de una vez, en los Ejercicios Espirituales, me ha tocado celebrar la Eucaristía en la fecha en que recordamos a nuestros hermanos salesianos que ya han pasado a la compañía del Padre. Y en la homilía comentaba que el reconocimiento del trabajo y santidad de los hermanos había que reconocérselos en vida. Que la carta, mal llamada mortuoria, había que escribirla y dictarla en vida. Y esto sin pensar que a mí me tocaría escribir alguna de estas cartas. La vida nos sorprende a cada paso y hoy he de relatar algunas cosas que me han impresionado de la vida de D. Gúmer, como familiarmente todos le llamábamos.

1.- UN FOGONAZO DE LUZ

En una ocasión la comunidad de Avilés hizo una excursión hasta los Picos de Europa, en concreto al Mirador de Ordiales. Al llegar a la cumbre nos encontramos con una niebla persistente. Después de tanto esfuerzo no podíamos contemplar el paisaje que desde arriba se divisaba. Pero en un momento, se abrió paso el sol y pudimos disfrutar de un espectáculo maravilloso: un valle precioso. Duró sólo un momento. Después lo cubrió de nuevo todo la niebla. Y uno de los que habíamos ascendido dijo: “Esto es bueno que sea así, para que te queden ganas de volver a subir”

La vida de D. Gúmer ha sido un regalo, una visión preciosa, para los que hemos tenido la suerte de convivir con él. Ha sido como un fogonazo de luz pura en nuestra vida, que ha durado un instante -90 años- “Mil años en tu presencia son como un ayer que pasó, como una vela nocturna” (Salmo 89), pero que ha merecido la pena contemplar.

2.- 21 DE ENERO DE 2001

El domingo, 21 de enero, D. Gúmer nos dejó, sin molestar, como él quería, sin decir adiós. Cruzó la frontera con los papeles preparados, la ropa recogida, la luz prendida y la cara recién afeitada con la maquinilla eléctrica, que aún giraba a su lado cuando Raimundo lo encontró, sentado, ya sin vida, ante el espejo.

El día anterior estaba más lúcido y dicharachero que nunca y se le veía contento, sin el agobio de los achaques propios de su edad. En el almuerzo llevó la voz cantante con discusiones y largos circunloquios que solía hacer de las medicinas, infiernillos, la mecánica, los médicos... Moisés le tiraba de la lengua, como nieto que mete la mano en el bolsillo del abuelo y le cachea a ver qué esconde.

Después de la comida pasó a la sala de televisión, donde se mantuvo un rato y se retiró, como solía, a descansar un poco en su habitación. A la hora de la oración de la tarde, su silla estaba vacía. Los médicos le diagnosticaron angina de pecho.

La capilla ardiente se instaló en la iglesia del Colegio y el funeral se celebró el día 22. Asistieron numerosos representantes de toda la Familia Salesiana, antiguos alumnos, mayores, de los primeros años del Colegio, mecánicos que trabajan en muchas empresas de Vigo, sus familiares y sobrinos venidos de Parada de Ribeira. Presidió la ceremonia D. Angel Fernández Artíme, inspector. A las seis de la tarde cumplimos el deber de dar cristiana sepultura y el último adiós a D. Gúmer.

3.- ÁRBOL AÑOSO

Fue D. Gúmer, en estos años de cabellos plateados, cargados de experiencias, árbol añooso de copiosos frutos, un hombre sencillo, de vida austera, pero no alejada de los sentimientos, muy capaz para soportar la soledad a la que se ven abocados los ancianos durante el trepidante horario colegial, guardián de la casa, interlocutor complaciente en las fugaces conversaciones de pasillo. Con el espíritu de tenaz superviviente, preparaba sus recetas, cultivaba plantas, leía con su lupa para paliar las dificultades de su vista, que últimamente le asediaban. Era su obsesión valerse por sí mismo, no causar molestias, pasar como de puntillas con la urgencia de quien ya nada desea. Era frecuente encontrarle, en alguna esquina de la casa, rezando su rosario al atardecer o en la penumbra de la capilla ante el Santísimo.

La comunidad salesiana del Colegio Hogar, que se esforzó por darle motivos de alegría para seguir agarrándose a la vida en su atardecer, que procuró darle aliento y cuidado en sus dolencias, calor de hogar, no se acostumbra fácilmente a su ausencia, y su falta nos interpela en nuestra vocación y nos anima a ser testigos y mensajeros de esperanza.

4.- FAMILIA

Don Gúmer había nacido en un pueblo de la provincia de Ourense, Parada de Ribeira, el tres de marzo de 1911, de unos padres, María y Primitivo, sencilla y profundamente cristianos. Fue el cuarto de cinco hijos y el que les sobrevivió a todos. El hermano José, tres años mayor que Don Gúmer, había muerto hacía cuatro meses. Las dos primeras fueron sus hermanas Modesta y Cándida.

Siendo todavía muy niño, pues sólo contaba con once años, murió su padre Primitivo, y su madre debió hacer frente y sacar adelante una familia numerosa con todo el esfuerzo y trabajo que nos imaginamos debió costarle una empresa semejante.

El primer contacto con los salesianos lo tuvo Don Gúmer cuando, a principios de los años treinta, pasó por el pueblo un salesiano andaluz del que sólo conocemos el nombre. Se llamaba Leopoldo. E invitó a su hermano José a marcharse con él. Como era costumbre en aquel tiempo, los salesianos andaluces buscaban los aspirantes en las provincias de Salamanca y Ourense. Ya estas tierras eran fértiles en muchas cosas y también en buenas vocaciones religiosas. En principio José aceptó el marcharse con Leopoldo y la madre le preparó toda la ropa marcada con sus iniciales, como era costumbre hacer entonces. Pero a la hora de marchar, parece ser que a José le entró un poco de morriña y Don Gúmer se ofreció voluntariamente a irse en lugar de su hermano.

No hubo necesidad de comprar y marcar ropa nueva. La misma que estaba preparada para su hermano es la que él llevó. Y su viaje fue hasta Montilla, al sur de la provincia de Córdoba. Diría él, que fue el viaje más largo de su vida. Y en Montilla permaneció hasta que en 1933 se trasladó al Colegio de la Coruña donde hizo un año de aspirantado, habiendo realizado ya el servicio militar. Desde aquí pasó a Mohernando para hacer el noviciado.

5.- SU VIDA SALESIANA

Al concluir el noviciado hizo su primera profesión religiosa el 15 de julio de 1935 y la profesión perpetua el 8 de agosto de 1942.

Su primer destino, al concluir el noviciado, fue el Colegio de San Benito, en Salamanca, ya desaparecido, y donde está ubicada hoy la Universidad Pontificia. Aquí estuvo desde 1936 a 1940.

Durante los años de la Guerra Civil tuvo que alistarse y enrolarse en el frente de la zona nacional del conflicto. De este período y de las penalidades y sufrimientos que le acarreó hablaba, después de setenta años, como si lo estuviera viviendo en la actualidad, con multitud de detalles. La exactitud de acontecimientos y fechas causaba impresión en los que lo escuchábamos, como los cuentos que el abuelo cuenta a sus nietos en las noches de lluvia y sin luz, a la vera de la lumbre.

De 1940 a 1945 fue destinado al Colegio de Formación Profesional de Deusto- Bilbao, como profesor y maestro de mecánica, entre chicos de la barriada donde está el colegio. Estando aquí hizo la profesión perpetua.

Entre los años 1945 y 1948 estuvo en el Colegio de la Paloma de Madrid. Y en los dos años siguientes en el de San Fernando, de la Diputación Provincial de Madrid, que acababa de ser entregado a los salesianos para que se hicieran cargo de los niños huérfanos.

Desde 1950 hasta su muerte, con el paréntesis de cinco años en la Robla, por circunstancias de ajuste de personal, estuvo en el Colegio Hogar de la Caja de Ahorros de Vigo. Llegó cuando apenas llevaba dos años inaugurado. Aquí montó el taller de mecánica, por donde con frecuencia paseaba, recordando anécdotas sobre compra de maquinaria, que era una delicia escuchar.

Durante los últimos años, dejada ya la labor docente, estuvo al frente de la cocina, cuando todavía había más de 300 alumnos internos, a los que atendía con verdadero cariño.

6.- TESTIMONIOS

Creo que el testimonio de los hermanos salesianos que han vivido con él, durante una vida tan dilatada, son la mejor prueba de la entrega fiel a su vocación. Y han sido muchos los salesianos que han enviado sus impresiones. Intentaré resumir algunas de ellas que considero más relevantes y significativas.

- D. Ángel Fernández Artíme (Inspector)

En la homilía de la Eucaristía del funeral, entre otras, dijo las siguientes palabras:

“En un ambiente social –el de nuestras ciudades, nuestras calles, nuestros jóvenes, cada vez más secularizados, donde Dios cada vez dice menos, o para algunos ya no dice nada- la vida y la muerte de Don Gúmer, y nuestra celebración de ahora, es ante todo un TESTIMONIO DE FE:

Testimonio de fe porque tenemos la esperanza y la certeza también de que hoy se hace realidad para D. Gúmer lo que ya prometió Jesús:

«Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo»
Nosotros creemos que esto se hace realidad hoy para Don Gúmer. Así lo creyó y así lo esperó.

Testimonio de fe porque se hace realidad la palabra proclamada en el libro de la Sabiduría:

«La vida de los justos está en las manos de Dios y no les tocará el tormento. La gente insensata pensaba que morían, consideraba su tránsito como una desgracia y su partida de entre nosotros como una destrucción; pero ellos están en paz.»

Cómo no vivir este momento desde la esperanza con la fuerza que nos da la misma promesa de Dios?

Y es testimonio de fe porque creemos que es muy cierto que:
«Al atardecer de la vida me examinarán del Amor».

La vida de Don Gúmer fue toda ella una vida de entrega a los demás, de donación. Es por eso que cuando un salesiano muere, habiendo vivido en la entrega diaria a los demás, especialmente a los jóvenes, se cumple lo que nos decía Don Bosco.

«Cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la congregación alcanza un gran triunfo.»

Por todo ello despedimos con verdadero cariño y serenidad a Don Gúmer».

- D. José Antonio Sanmartín (Inspector 1994-2000)

“Tengo de D. Gumersindo una óptima impresión. Resalto en primer lugar su humanidad. Siempre noté en él una persona madura. La serenidad con que hablaba, la medida de sus palabras, lo acertado y sugerente de sus comentarios, el respeto y aprecio hacia la comunidad y los hermanos, la paz que mostraba, la cercanía a todos, la amistad generosa, el espíritu de trabajo y tantos otros valores humanos caracterizaron su vida. No es momento para desarrollar cada una de estas virtudes, pero sí quiero destacar al menos tres:

. **Fue un gran trabajador.** Su vida toda fue un ejemplo de generosidad y entrega al trabajo en su querido taller de mecánica y en sus últimos años, una vez que tuvo que dejar la enseñanza, como despensero de la casa.

. **Fue una persona serena.** Su serenidad en aceptar la vida, la realidad y su situación personal siempre me admiró. Es verdad que pudo tener, como todos, sus más y sus menos, pero en conjunto es un testigo de lo que supone vivir la propia existencia desde una serenidad y paz interior.

. **Fue una persona delicada.** El respeto a los demás, el respeto a aquellos que hemos tenido que desempeñar un servicio de animación local o inspectorial fue otra de las características que mostró. Decía las cosas sin herir, sin molestar, con un profundo cariño hacia sus hermanos, con una delicadeza ejemplar.

Estas características humanas, que definieron su vida, no surgieron de forma espontánea. Son fruto de un trabajo constante y continuado a lo largo de muchos años, regado por su espíritu de piedad, su oración diaria, su fidelidad a las prácticas espirituales, sus eucaristías diarias, sus ratos de silencio ante el Señor. Fue un hombre y un hombre de Dios. Un místico del trabajo y la oración, un hombre de entrega y piedad, una persona con actitudes fundamentalmente educadoras y evangelizadoras desde el testimonio de su humanidad, un hombre para los jóvenes y un hombre de Dios. Una persona que amó profundamente a María Auxiliadora, cuyo rosario rezaba con devoción.

Don Gumersindo supo conjugar en su vida la riqueza de una persona profundamente humana, cercana, cariñosa, entregada, con una espiritualidad del día a día, de la oración sencilla y profunda, de la entrega a un Dios-Amor.

Don Gumersindo fue un hombre bueno y honesto, sencillo y grande. Supo vivir sus últimos años sin quejas ni lamentos, aguantando esas horas largas de silencio y soledad que la vida de nuestras escuelas trae consigo, con serenidad y paz. Fue un hombre bueno, un gran salesiano, un ejemplo de salesiano laico.”

- Don Luis García Quijano. (Director 1993-99)

“Conocí a Don Gumersindo cuando llevaba 20 años de retiro de la vida activa. Esto implica que en él surgían los recuerdos del pasado, más que las vivencias del presente. En esta época comenzaban a crearle angustia las pequeñas incumbencias que hacía al servicio de la comunidad.

Bajo esta perspectiva tan limitada, puedo decir que en su vida seguía manifestándose el sentimiento de meticulosidad, que tanto le había caracterizado. Esto me hace pensar cómo sería su modo de trabajar en los comienzos de esta obra del Colegio Hogar. A pesar de estar llevando el retiro profesional con la discreción que le caracterizaba, se le escuchaban con frecuencia, los recuerdos y “batallitas” vividas para poner en marcha una obra incipiente y difícil por la carestía de medios y la situación social de los niños a los que educaba. Haciendo síntesis de estos recuerdos podría decirse que hubo mucho de trabajo y poco de protagonismo.

La razón de la meticulosidad en su vida se hallaba motivada por su gran sentido de la obediencia. Esta actitud se manifestaba tanto en el deseo de ocuparse en los servicios que se le encomendaban, como cuando tenía que tomar decisiones en su vida de pobreza y de comunidad. No estaba tranquilo si no se lo comunicaba al superior con la sencillez que le caracterizaba. Con respecto a ello se puede advertir la simplicidad de su habitación, pero lo mismo no impedía la pulcritud y hasta cierta elegancia con que solía vestir, dentro de la línea de su exquisita pobreza.”

- D. Amable Lorenzo (Director de 1981-87)

“Conviví con él varios años en la comunidad de Vigo-Hogar y tengo de él un gran recuerdo. Lo definiría como la elocuencia de la sencillez:

- Sencillo, respetuoso, agradecido, elegante, diligentemente cuidadoso de su porte, de su ropa, de su pelo; todo un caballero.
- Abierto indistintamente al trato inmediato de los hermanos de la propia comunidad, sin olvidar antiguas presencias y sin añorar situaciones pasadas.

- Página viva, reflejo de los valores evangélicos y de las Constituciones salesianas: Amor a la Eucaristía, a María Auxiliadora, a los jóvenes, de ejemplar observancia religiosa.
- Ilusionado y preciso en sus quehaceres diarios, en el taller, en la colaboración en servicios administrativos y hasta en el cuidado certero de los canarios, su afición en algún momento.
- Habitualmente sereno y expresivo.

Que el Señor premie su vida de siervo bueno y fiel y mande obreros generosos al campo de la Iglesia y de nuestra Congregación.

- Don Anselmo Duque. (Director de 1987-93)

“Dentro de una vida sencilla y normal, Don Gumersindo nos ha dejado facetas relevantes que son exponente de su personalidad y buen hacer. Se dio por completo a la vida que profesó, sin vacilaciones, para realizarse y darse a los demás. Pude apreciar lo profundo de sus convicciones religiosas. Encontré en su vida sacrificada y entregada al Señor, el testimonio callado de su riqueza vocacional.

Vivía con intensidad todo lo salesiano: fue un hombre de Dios, lleno de la vivencia de Cristo y con un amor profundo a María Auxiliadora y a Don Bosco.

Fue una persona servicial. Sus formas, palabras y actuaciones estaban presididas por una acogida atenta y sencilla para con los hermanos salesianos, personal del colegio y alumnos. Cercanía y amabilidad son notas que todos apreciaban en él.

Fue una persona juiciosa, equilibrado en sus apreciaciones y juicios. Sus valoraciones ecuánimes de los hermanos proporcionaban paz y serenidad a la vida fraterna. Resaltaba lo positivo y tenía detalles graciosos para facilitar el espíritu de familia en la comunidad.

Trabajador incansable: Don Gumersindo fue una persona sacrificada y de mucho trabajo. El trabajo le ocupó toda su vida y le hizo feliz. La tónica de su vida fue, sin duda, el trabajo, pero acompañado de una oración convencida y práctica, para hacer alegre la observancia de sus compromisos religiosos.”

- D. Raimundo Sendino (Administrador)

“Don Gumersindo: Una persona entregada en cuerpo y alma a Dios, dentro del espíritu de la Congregación Salesiana. Esta donación, yo diría que sin fisura alguna, hasta las últimas consecuencias.

Su entrega y donación, junto con su carácter peculiar de autoexigencia, daba la impresión de intransigencia hacia los demás. Y aquí es donde se descubre el auténtico Don Gúmer: Todo lo que se exigía a sí mismo en el cumplimiento de sus deberes, era comprensión y tolerancia hacia los demás, de tal manera que su trato era amable, cariñoso y cercano.

Su constancia en lo que se proponía lo hacía extraordinariamente eficaz. Los que hemos vivido cercanos a él podemos dar fe de ello, y el único fin que perseguía era la buena preparación de los jóvenes. Por ellos se ingenaba, investigaba, y proporcionaba cuantos medios podían precisar.

La sociedad de Vigo se ha beneficiado en cantidad de las virtudes de Don Gúmer.

Otro rasgo dentro de su compromiso religioso era el desapego a bienes materiales, que le llevaba a usar de las cosas y del dinero con una dignidad y exquisitez que rayaba la perfección.

Debemos dar muchas gracias a Dios por haber compartido vida y acción con todo un caballero y un hombre de Dios. ¡Gracias, Don Gúmer, por su testimonio de vida”!

D. Francisco Brea.

(Administrador del Colegio Hogar 20 años)

“En los 20 años como administrador del Colegio Hogar he tenido que tratar diariamente con Don Gumersindo y destaco dos puntos:

Primero como profesor: Era apreciado por los alumnos debido a la entrega y dedicación y era considerado como un auténtico padre y maestro por su competencia tanto teórica como práctica. Muchos antiguos alumnos venían a visitarle con frecuencia y todos le recuerdan con cariño.

Segundo como responsable del almacén y cocina y en la compra de los productos alimenticios, en su distribución y en el control exacto

día a día y en su exactitud en los partes diarios que tenía que enviar a la Caja de Ahorros el administrador. Mi confianza en él era plena por lo perfecta y escrupulosamente que lo hacía. Piénsese que había en el Colegio más de 250 internos y unos 150 mediopensionistas y siempre todo estaba a punto.”

- D. Higinio Martínez (Salesiano)

“En mi estancia en Vigo-Colegio Hogar, conocí a un D. Gúmer entregado, siempre ocupado hasta el cansancio, enfático, aunque comedido, en la palabra, incansable en el compañerismo, disciplinado en las labores que se le encomendaban y de una fidelidad religiosa a toda prueba en sus convicciones más profundas.

Un fino humor, muy gallego, no exento de sutil y nunca hiriente ironía, sazonaba sus intervenciones en los diálogos de las sobremesas comunitarias, en las que nos hacía disfrutar con sus anécdotas de antaño.

Hasta en los últimos tiempos se mantuvo ejemplar en sus labores y caballero en sus relaciones de amistad.”

- D. Félix Domínguez (Salesiano)

“Mi trato con Don Gumersindo se circunscribió fundamentalmente a los veranos y a las Navidades, durante mi estancia con la familia, pues el Colegio Hogar era la casa más cercana para ir a celebrar la Eucaristía. En estos días me era muy fácil conectar con este buen hermano. Destacaría su naturalidad con que se adelantaba para atenderme, tanto a mí como a mi madre, que me acompañaba. Su actitud de acogida y disponibilidad, impregnada de sencillez, le hacían cercano y facilitaba la compañía y conversación.

Sabiendo que estaba con la familia, no había vez que, al acercarme al Colegio, no se adelantase para que llevara algún detalle a mi madre, a quien trató siempre con gran deferencia. Durante el período de mi convalecencia se mostró siempre solícito para que, dentro del régimen espartano al que me vi sometido, no me faltase nada de lo que me fuera permitido. Cuando recuerdo aquella solicitud fraterna, aún me commuevo y no puedo por menos de agradecer a Dios el haber tratado con Don Gumersindo.

No me pasó desapercibido su porte distinguido y casi señorial, muy natural en él, lo que agrandaba su personalidad, en la que se combinaba bien esta característica con la ya citada de su sencillez y naturalidad.”

- D. José María Calvo (Salesiano)

“Recuerdo de Don Gúmer su serenidad y su talante de auténtico caballero.

Era el curso 1967-68, cuando yo estrené sacerdocio y D. Gúmer tenía unos 58 años y daba clases en el taller. Aquí era toda una institución, respetado y querido por todos los alumnos. Nunca recuerdo haberle visto un fallo en su fidelidad a los encuentros de la comunidad. En la mesa tenía una conversación amena y respetuosa, que lo hacía muy querido.”

- D. José Gallego
(Salesiano y antiguo alumno del Colegio Hogar)

“...una vida de entrega generosa, alegre y cordial, salesiano de cuerpo y alma, caballero en el trato y en el ser, respetuoso y cercano. Su pérdida deja un vacío que sólo el tiempo y la fe en el Resucitado podrán restaurar. Ahora bien, lo que nunca perderá la memoria ni el tiempo es lo que significó en cada uno de nosotros.”

- D. Rudesindo Olmos (Salesiano en Alemania)

“Para mí ha sido una sensible pérdida, la de un hermano salesiano, la de un paisano y de la persona que me sirvió de estímulo para que yo me hiciera salesiano.”

7.- RASGOS DE SU VIDA

Aunque en los testimonios expuestos de un buen número de salesianos, ha quedado aclarado todo lo relacionado con su vida, misión y trabajo, no quiero dejar de resaltar algunos rasgos que a mí me han llamado la atención. Ellos pueden ser:

- Trabajo:

Todos los testimonios que he reflejado en el apartado anterior, han destacado su espíritu de trabajo. Siempre encerrado en su taller de mecánica, preparaba temas, trabajos para los alumnos, reparaba la maquinaria. Nunca se le vio ocioso. El trabajo fue para él como el ambiente en el que se desarrolló. Para nosotros, generaciones más jóvenes, es un modelo, un punto de referencia al que debemos mirar.

Cuando se ha tenido la oportunidad de vivir junto a personas que han hecho de su vida una opción por los pobres, o han entregado y consumido todas sus fuerzas por los jóvenes, entonces tiene sentido toda la doctrina y la literatura que sobre el trabajo leemos en los documentos de la Congregación.

Al observar la vida de Don Gúmer cobran un relieve extraordinario frases como estas:

- . “*Sería difícil encontrar un santo que como Don Bosco haya conjugado y hecho conjugar el verbo “trabajar”.*
- . “*Sensible a su tiempo, que estimaba mucho la laboriosidad y movido por el celo interior, Don Bosco quiso una congregación basada en el trabajo incansable.*”
- . “*Queridos muchachos, les decía, no os recomiendo penitencias ni disciplinas, sino trabajo, trabajo, trabajo.”*

Con qué gozo y con qué fruición escuchábamos de labios de Don Gúmer aquella famosa anécdota que terminaba dando con los nudillos en la mesa y diciendo: “Lima, lima, lima.”

El trabajo es para los salesianos un rico patrimonio de familia y una parte integrante de nuestra identidad como salesianos.

- Piedad:

Cualquiera que pretenda mantenerse en la vida religiosa sin agarrarse a Dios, no puede dar muchos pasos por ese camino.

Don Gúmer ha sido un hombre de piedad convencida. El último día de su santo, que celebramos el 13 de enero, una semana antes de su muerte, dio las buenas noches a la comunidad. Nos habló de la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas y de cómo debemos ser dóciles a sus inspiraciones. Y que si la celebración festiva de su santo valía

para unir más a la comunidad, era una cosa buena. Es sólo un botón, y el último, de muestra, pero que nos hace descubrir la altura y los caminos por los que transitaba.

Pero, en el punto de la piedad, que es algo muy íntimo y personal, difícilmente podemos saber algo de alguien. Sus actos externos, sus presencias o ausencias, su estar o no estar, sus silencios o sus palabras son los únicos indicios de los que nos valemos para calificar a una persona de piadosa. Pues bien, Don Gúmer traslucía su piedad. Se le veía rezar, se le veía ante el sagrario, con el rosario en las manos, sentado en la capilla o por los pasillos, con una buena cara, a pesar de sus achaques, siempre con una sonrisa, reflejo de su tranquilidad de vida y de conciencia. Creo que no será exagerado el decir de él lo que se decía de Don Bosco: “¿Y cuándo no rezaba.”? Y si su exterior era así, podemos pensar que su oración era de altos vuelos.

- Buen humor y socarronería gallega:

Su sonrisa franca delataba a diario su buen humor y cómo se tomaba la vida con bastantes dosis de socarronería, nunca hiriente, pero siempre con intención. Su conversación era franca, documentada, abierta, con frecuencia dispuesto a la polémica, pero sin acritud.

Cuando se le tocaban sus temas preferidos: médicos, recetas, Guerra Civil, su pueblo, era un auténtico perito. Sabía más de lo que nos imaginábamos, de tal manera que relativizaba diagnósticos y tratamientos si, de verdad, creía que no le iban a remediar nada. “¡Qué gran médico nos hemos perdido”! -le solíamos decir.

Contaba con pelos y señales, es decir, con fechas y datos exactos del tiempo de la Guerra Civil, anécdotas y sucedidos que hacían la delicia de la comunidad. Y como si él no tuviera bastantes temas, siempre había alguien dispuesto a tirarle de la lengua, con lo que la conversación podía extenderse tanto cuanto quisiéramos. La última Nochebuena, casi exactamente un mes antes de morir, tuvimos una sobremesa larga, larga, que se nos hizo corta de verdad. En estas ocasiones ni se le notaba el cansancio. Se veía que disfrutaba.

Era un hombre de su tierra, a la que defendía más allá de toda ponderación. No veía en ella ningún defecto: Sus tierras, sus casas, su gente, su economía era de lo mejor de Galicia.

Por eso, ocurre que, en ese tiempo anterior a la muerte, dilatado por su espera, cada gesto, cada palabra, cada minuto se hacen transparentes y progresan hacia un final que cada uno de nosotros desea prolongar un poco más, un poco más allá, descubriendo un poco más de nostalgia, más curiosidad, más vida.

Termino este paseo por la vida de Don Gúmer señalando cómo, sin llamar la atención, se puede vivir una vida intensamente. ¡Qué verdad es “que sólo merece la pena aquello que se vive con intensidad!” Don Gúmer vivió así toda su vida. Y nos ha dejado un modelo de cómo se puede amar a Dios y trabajar intensamente por los jóvenes, durante muchos años, sin un lamento, sin un mal gesto, sabiendo y valorando que trabaja por un buen Amo.

Hemos perdido un hermano, un salesiano de talla, “de los de antes” y hemos ganado un intercesor valioso en el cielo, que bien lo necesitamos.

Agradezco, como no puede ser menos, la colaboración que he recibido de muchos salesianos, que me han enviado sus aportaciones, sin las cuales esta carta no se hubiera podido redactar. Es una muestra más de la fraternidad y el cariño de que disfruta nuestra inspectoría.

Pidamos a Dios por él. Que nuestra oración le acompañe. Es lo único que ya podemos hacer en su favor. Al mismo tiempo roguemos al Padre para que el hueco que nos deja se llene de vocaciones de talla como él.

Afectísimo en Don Bosco,

Agustín Rodríguez
Director.

Datos para el necrologio

Gumersindo Rodríguez García, salesiano coadjutor.
Nació en Parada de Ribeira (Ourense) el día 3 de marzo de 1911.
Murió en Vigo (Pontevedra) el día 21 de enero de 2001 a los 89 años
de edad y 66 de profesión religiosa.